

De siempre se ha pensado que viajar, el viaje, podía transformar a las personas y formaba parte de un momento esencial de la vida individual. El viaje se preparaba con esmero, con lecturas y se dirigía hacia una zona del mundo cercana o lejana con una pretendida pasión de vivencia, de gozo, de incertidumbre y de esperanza. En la actualidad estamos observando como el hecho de viajar para la mayoría de los humanos ya casi no sirve para nada... De la misma manera otras cuestiones... Situados en este punto deberíamos pensar en la educación que hoy las personas reciben en los estados democráticos, que viene a ser una especie de apisonadora sobre los pensamientos y las actitudes para que los jóvenes tengan que creer obligatoriamente en el sistema... Y eso conlleva una serie de consecuencias que se adhieren a la forma de estar en el mundo para los futuros ciudadanos: las creencias firmes en unas ideas determinadas. La globalización ha colonizado al sistema educativo y recorre todos los niveles de la misma. Sólo la decisión personal de ser diferentes y rebeldes puede salvar a los hombres de hoy de lo que se les dicta en las aulas o talleres o clases en línea. No existen profesores sino profesionales que reproducen aquello que desde el poder se les decreta que digan porque es bueno para los alumnos. No quieren conflictos. Sino que se busca la sobrevivencia a costa del deterioro de toda arma educativa. Sucede lo mismo fuera de las instituciones públicas o centros privados complementarios. Al mismo tiempo en los hogares, en las reuniones de amigos y en los encuentros con otros. Sobre el apartado educativo —el papel de la escuela y de sus educadores— recuerdo algo sobre lo que reflexionó el visionario Mishima en su novela *El marino que perdió la gracia del mar* (1963), cuando el jefe de los chicos malos les dice a sus compañeros: «la escuela, el colegio, no es sino una sociedad en miniatura. Por eso nos están dando órde-

nes continuamente. Un puñado de ciegos nos dice lo que tenemos que hacer, y hace trizas nuestras ilimitadas facultades». En aquel momento la diatriba de Mishima se refiere a la aculturación que sufre Japón y es una crítica en esa dirección. En la actualidad, traído el comentario de Mishima al panorama educativo que funciona en el mundo democrático —globalizado—, se dirige a vislumbrar que estamos ante una inculturación que se pega a la piel de todos los jóvenes para que piensen de manera uniforme.

Dos trabajos importantes se han publicado en los últimos meses, y de los dos aparece reseña en las páginas de *Encuentros en Catay*. De ambos he podido sacar enseñanzas adecuadas, para mí, en esta lucha para entender la vida y que no cesa nunca. Las sociedades evolucionan y se afinan las pautas sociales para que los individuos sean, digamos, obedientes y correctos: hoy en día la mencionada globalización —fácilmente comunicada y difundida desde la democracia— es un mal inserto en ella. No siempre fueron las cosas así, es decir, ese nivel de aculturación, ni es deseable que lo sea. El contrapoder a todo ello se podría manifestar a partir de la inteligencia de cada persona, y de la verdadera formación de los dirigentes y de los ciudadanos en general (esas son las claves). En el ensayo *Los toros entre la reverencia y la ansiedad* (2026), su autor Juan Palette Cazajús, viene a situar al hombre en la cúspide de lo que siempre hemos entendido como la Creación, y según su punto de vista, ya sea mediante la Razón o Dios (para el autor sólo es la Razón), el hombre se eleva sobre el resto de la naturaleza porque tiene el don del pensamiento, del lenguaje y de la cultura. A partir de ahí, todo hombre y toda sociedad necesita indagar continuamente en las razones del existir, que son la presencia continuada de la vida y de la muerte, de las que el humano es consciente de su presencia, mientras el resto de los reinos vivientes no lo son. El hombre es una anomalía de la creación y filosóficamente, antropológicamente, requiere que desde

el juego entre la subsistencia y la partida del mundo, la tauromaquia le pueda dar soluciones evidentes (que posiblemente no existen) sobre la faceta del subsistir, sobre este misterio no resuelto por la Razón. Pero puede que algo ayude en ello (Juan Palette no lo conformaría así) la existencia de Dios, que nos daría en la tradición católica la facultad del pensamiento y de la libertad —una deducción mía—. La tauromaquia se revelaría en el centro de los cuestionamientos y respuestas en nuestro paso por el planeta Tierra. Esta obra es una lección de antropología con bibliografía principalmente francesa que contrarresta la ausencia de la hispana.

Una segunda publicación relevante es *La conquista del Heartland. Sonata de Pekín* (2026), de Iker Izquierdo. En esta novela dinámica, veloz y magistralmente escrita, observamos cómo el mundo gira y produce un alejamiento del centro del escenario desde donde se decidirán las decisiones y sucederán los acontecimientos futuros de la humanidad. Desde una Europa en estado enfermizo, el mundo vira y se traslada hacia Oriente, hacia el verdadero centro actual, entrevisto por el geógrafo británico Halford John Mackinder con su teoría del «Heartland» o Corazón de la Tierra, a comienzos del siglo XX, que no es otro que el centro de Eurasia, y quien domine ese espacio humano y geográfico dominará el mundo. De ahí la importancia de la posible colaboración entre Rusia y China. En *Sonata de Pekín* se pretende dar una interpretación de la política mundial basada en la importancia de las relaciones internacionales, un territorio del conocimiento tan alejado de las preocupaciones y valores de la España actual. Una civilización, la hispana, que desecha su pasado —de enorme peso estratégico— para convertirse en veleta de los actuales acontecimientos, sin poseer el dominio de las alianzas entre países y poderes, porque fundamentalmente ha decidido disolver toda idea de nación. En *Sonata de Pekín*, además, se nos enseña y se nos dirige hacia nuevos centros de vitalidad no contaminada (fuera

del buenismo global) que moran en territorios asiáticos (China, Corea, Japón...), donde la vida es más natural, ajena a una corrupción ideológica que funciona como verdadero grillete en occidente; y un ejemplo es España. De Europa, el latido central se va; y se convertirá en una periferia decadente con formas de pervivencia insanas. La suerte está echada porque la población ha sido educada para asumir los valores del decaimiento.

Volvamos así a la importancia que posee la educación. Ese mecanismo de ir aprendiendo y que en occidente se ha delegado a la escuela pública —como base—. Una escuela que asume los parámetros que se les asigna desde los poderes públicos —surgidos de elecciones, no desde la valía y preparación de los dirigentes—. Posicionados aquí, nos atreveríamos a decir que todo aquello que nos acerque al reino de la opinión —área donde cualquiera vierte sus deseos e intereses— y nos aleje del imperio del conocimiento —zona a la que se accede a través del estudio, del rigor, del buen gusto, y de la cultura filtrada— facilitará la llegada del declive que experimentamos en Occidente (España, sin ir más lejos), y del cual difícilmente podemos zafarnos porque las auténticas potencialidades como el trabajo, el esfuerzo, la idea de nación, la familia, la religión o religiosidad, la amistad, la fidelidad y el amor propio, se nos están yendo de las manos, si no es que ya no existe el camino de vuelta.

*José Campos Cañizares*

Madrid, 30 de marzo de 2026

Subdirector, Encuentros en Catay